

## Cine y Formación Docente 2005

Viernes 16 de septiembre en San Fernando del Valle de Catamarca.

### El cuidado del otro

#### Por Norma Barbagelatta

“Cuidar al otro”. Hablaremos de cuidar al otro, y al hacerlo vamos a abrir un abanico de cuestiones. Nadie dudaría en principio que “cuidar” al otro aparece como un acto bueno, aceptable, meritorio, necesario. Casi partimos de la obviedad que por ser humanos vivimos por y gracias al cuidado de otros, y vivimos cuidando a otros. Trataremos de delimitar las fronteras de esta necesidad.

Acercarse al tema implica ir focalizando algunos rasgos y plantearse las preguntas que puedan ir surgiendo de ellos.

¿Cuándo cuidamos al otro? ¿En qué circunstancias hablamos de cuidado del otro? ¿Cuando está enfermo, cuando no se vale por sí mismo, cuando puede ser peligroso para sí o para otros?

¿Cómo pensamos la temporalidad del cuidado del otro? ¿Cómo concebimos las condiciones en las cuales se debe realizar este cuidado?

Tenemos la cuestión de los “sujetos” implicados. Del “acto” de cuidar: ¿alimentar, consolar, hablar? De los tiempos, de las eficacias, de las “satisfacciones”...de las modificaciones que el acto produce, de la posibilidad de planificar ese acto.....

En fin, algunas de estas muchas cuestiones son las que iremos desarrollando.

Cuidar al otro es de algún modo alojarlo<sup>1</sup> en nosotros como preocupación, como

---

<sup>1</sup> Alojar al otro es el modo en que psíquicamente se da existencia al otro. Vamos a desarrollar estas ideas desde la concepción de constitución subjetiva planteada por el psicoanálisis, particularmente desde los trabajos del psicoanálisis francés. Cuando nacemos somos alojados por el Otro, materno o quien ocupe su función: esta función es la de sostenernos en la vida. Hablar de “función” permite evitar las fijaciones que los términos

existencia, como presencia. El otro: niño, alumno, enfermo, hijo ha de existir para nosotros para que podamos ejercer el cuidado.

No es cualquier tipo de existencia la que nos promueve al cuidado. La existencia del otro en tanto necesitado, débil, carente, en falta, en peligro, es lo que conduce a la idea de su cuidado<sup>2</sup>.

---

“madre”, “abuela”, “hermano” puedan tener. Para el psicoanálisis no existe un sujeto desde su nacimiento, sino que debe constituirse, y para poder hacerlo requiere de Otro que lo sostenga. La función materna se dirige a otro que es un “objeto”. Estamos acostumbrados a un pensamiento humanista a partir de las máximas morales de Kant, que nos recuerda que una ley universal éticamente inobjetable es “no tomar nunca al otro como puro objeto, o como medio”. Cuando nosotros planteamos “objeto” lo decimos desde esta perspectiva peculiar que abre el psicoanálisis, y que ha sido difícil de pensar para la filosofía, que es el valor de satisfacción, de placer y displacer, que tienen en primer lugar las relaciones que establecemos. El lugar del placer para Freud es fundante. El aparato psíquico está regido por el Principio del Placer. La prematuración de la cría humana lleva a que durante largos años quede al cuidado de un ser que pueda accionar específicamente respecto de las necesidades para la vida que el bebé tiene (Freud, en “Proyecto para una psicología para neurólogos”, habla de la necesidad que la acción específica para sobrevivir la realice algún otro).

<sup>2</sup> “El cuidado” es otro término que vale la pena investigar separadamente. Heidegger en *Ser y tiempo* habla de la caída en la inautenticidad. “Ser hombre quiere decir: ser como mortal sobre la Tierra, quiere decir: habitar. La vieja palabra bauen dice que el hombre es en cuanto habita; pero esta palabra significa al mismo tiempo cuidar y cultivar, a saber, cultivar el campo, cultivar viñas. Tal construir sólo protege, a saber, el crecimiento, lo que por sí mismo madura sus frutos. Construir en el

Cuando pensamos en “cuidar a otro” estamos planteando un tipo de vínculo, una relación que es por definición asimétrica. No es reversible en lo inmediato. El que cuida aparece en una posición de potencia, de posibilidad, de capacidad, de saber, de movimiento, de la que el cuidado carece. Disimetría entre el que “tiene” y el que “carece”.

Las relaciones disimétricas tienen su propia problematicidad. Siempre que encontramos relaciones duales existe un equilibrio tenso, inestable. Necesario para que se sostengan dos polos separados y no se aplaste uno de ellos. En las relaciones simétricas el problema será la diferenciación. En las disimétricas, el poder.

El cuidador tiene el poder de dar, de donar, de exigir, de proponer el trato definiéndolo. El que recibe tiene el poder de negarse a recibir, el caso más extremo que podemos pensar es la anorexia, el suicidio, el autismo... como modos defensivos de sostén de la diferencia de Otro que aplasta en su acto de donación.

#### LA ANTICIPACIÓN

Aquel que cuida al Otro tiene una función primordial que es la de anticipación: actividad que toda madre (dotada de un “saber hacer”) despliega permanentemente. La madre lo primero que hace es anticiparse a la llegada de ese otro. En primer lugar tiene preparado un lugar psíquico para ese “por llegar”. Imagina alegrías, piensa nombres, busca vestimentas, proyecta actividades donde ese recién llegado se alojará. Esta anticipación carga libidinalmente a ese que es un puro “proyecto”. Esta función de anticipación se sostiene a lo largo de los primeros tiempos de vida del

---

sentido de cuidar y cultivar no es producir.” Luego Heidegger señala que esta significación del construir y del habitar se olvida frecuentemente, que la lengua tiene significaciones olvidadas o calladas. Pero que podemos escucharlas. Y al hacerlo advertimos que “El construir como habitar se despliega en el construir que cuida, a saber, el crecimiento...”. Es un habitar en el que hay que permanecer y mantenerse. Estar contento y llevar la paz significa custodiando del daño y amenaza, esto es protegido, proteger, como modo positivo que implica cuidar a algo en su esencia. “Circundar”. El rasgo fundamental del habitar es este proteger. Atraviesa al habitar en toda su amplitud.

niño de un modo absolutamente vital y estructurante para su psiquismo. El bebé balbucea y la mamá da sentido a sus sonidos. El bebé llora y ese Otro busca el sentido de ese llanto. ¿Qué necesita? ¿Qué le duele? ¿Qué dice? Ese tiempo primigenio donde el bebé no tiene ninguna posibilidad de traducción de sus necesidades en el orden de los signos, es precisamente el tiempo donde la madre lo fuerza a entrar en el mundo de las significaciones, que es el mundo en el que ella habita.<sup>3</sup>

Este sentido anticipado por la madre posibilitará en otro momento que el niño explore y construya su propio sentido vital. “La tarea más importante y difícil en la educación de un niño es la de ayudarlo a encontrar **sentido en la vida**. Se necesitan numerosas experiencias para alcanzar ese sentido... para alcanzar un sentido más profundo, hay que ser capaz de trascender los estrechos límites de la existencia centrada en uno mismo, creer que puede hacer una importante contribución a la vida, si no ahora, en el futuro...”<sup>4</sup>

#### LEGALIDADES EN EL CUIDADO DEL OTRO

La madre es aquella que tiene respecto del niño “un apetito muy particular”. La palabra apetito, que remite claramente a la voluptuosidad incorporante que se produce en el encuentro entre la madre y el niño es estructuralmente necesaria. Si no hay quién tenga este “apetito”, el niño puede tener graves dificultades para su desarrollo.<sup>5</sup> Afirmamos entonces que el

---

<sup>3</sup> Laznik, trabajando con niños autistas, se encuentra con madres que por problemas de sus propias historias están incapacitadas de dar sentido a los balbuceos de sus bebés. No pueden transformar esos sonidos en mensajes, no se transforman en el Otro de la demanda, no escuchan que esos bebés les demanden nada.

<sup>4</sup> Bettelheim, Bruno: *El psicoanálisis de los cuentos de hadas*.

<sup>5</sup> Spitz trabaja con niños hospitalizados que siendo bien atendidos se encuentran sin “otro” que tenga sobre ellos este “apetito”. Sin ser el objeto de deseo de alguien en particular, son objetos de cuidados anónimos. Los bebés tienen reacciones dramáticas frente a esta ausencia: pierden movimiento, no buscan ni dan señales de escuchar voces, no orientan la mirada respecto de los ruidos, pierden contacto con el mundo exterior, o tienen reacciones de “marasmo”. Ambas van asociadas a un alto índice de mortalidad.

cuidado del cuerpo biológico es condición necesaria pero no suficiente para que un ser humano llegue a constituirse. Pensamos en este apetito, como un deseo de “comer” el niño, incorporarlo, que sea parte del “cuerpo materno” Este deseo planteado de este modo es estragante, peligroso, amenazante. La función materna lleva consigo la prohibición de dar “rienda suelta” al apetito. Este apetito es lo que transforma al ser humano en un ser libidinizado. Es lo que le da un plus al cuidado del cuerpo biológico, un plus que llamamos amor y deseo y que por ende sexualiza ese cuerpo. Lo convierte en un cuerpo erógeno.

Esto que va más allá de la mera conservación de un organismo vivo también complejiza la futura vida de ese ser, lo llena de tensiones que lo llevan a preferir la muerte y la inanición que comer un alimento dado como “pura comida” .

Decíamos que ese plus también está regulado, sometido a una legalidad. En la Biblia encontramos un ejemplo magistral de lo que es una “verdadera madre”. El rey Salomón se encuentra con dos mujeres que reclaman la maternidad de un mismo bebé. Él decide partir al medio al niño y dar la mitad a cada una. Una acepta, la otra renuncia a la posesión. La que renuncia será la “verdadera madre”: es la que muestra que su apetito está sometido a una regulación, a una ley que no es la de su pura satisfacción. El otro existe como ser separado de ella, independiente de ella. Es un objeto amado y deseado, pero hay un plus, hay una línea de posibilidad de separarse de él para el propio bien del objeto, que indica que la incorporación para ella está prohibida. Esta prohibición que recae sobre la madre la llamamos “función paterna”, ya que anticipa la posibilidad de la exogamia. La posibilidad de poder en un futuro separarse de ese Otro primordial.

La disimetría de la que hablamos implica que las responsabilidades son diferentes, que lo que se espera de uno y de otro son conductas particulares. Las legalidades de una y otra posición son específicas.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Para el psicoanálisis esta legalidad se expresa en la prohibición del incesto que recae sobre ambos miembros del encuentro; sobre el Otro: no reintegrarás tu producto, sobre el niño: no te acostarás con tu madre.

## LA SIMBOLIZACIÓN COMO CUIDADO DEL OTRO

Dar significado y sentido a los acontecimientos que vive un niño, permitir que se historicice, es la más esencial de las tareas. Cuando un niño sufre la agresión de un tratamiento médico, le hablamos, le explicamos, damos razones por las cuales ese dolor es necesario que sea aceptado porque supone una mejoría en otro plano.

La vida está siempre atravesada por múltiples situaciones de dolor, decepción, padecimiento, frustraciones. Para que estas situaciones (que engendran un alto grado de excitación psíquica, de angustia) no se vuelvan traumáticas, su simbolización se vuelve necesaria. La palabra sirve para tramitar esos montos de energía psíquica.

Bettelheim analiza cómo los cuentos de hadas tradicionales cumplen esta función, dan elementos que le vuelven pensables situaciones difíciles de la vida de un niño. Parte del cuidado y la protección es evitar la exposición de los niños a angustias que no pueden resolver ni entender. En la película “La vida es bella” encontramos un caso polémico (podemos realizar muchas críticas respecto de la propuesta de este caso) y extremo de esta posición. Un padre se empeña en que su hijo no viva el campo de exterminio en toda su crudeza y decide ficcionalizar una historia que se lo haga tolerable. El Otro aparece siendo capaz de contener su propia angustia y funcionando como continente del niño.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> El debate de la función de la tragedia en la enseñanza de la ética permite advertir que las resonancias de esta preocupación acerca de hasta dónde y cómo exponer el horror viene desde antiguo. De este modo entendemos la distancia de las posiciones de Platón y Aristóteles respecto de la tragedia. La tragedia representa el horror, el horror del incesto, del matricidio, del filicidio, de la guerra, del dolor...frente a la pregunta acerca de para qué representar el horror, las respuestas de los dos grandes filósofos es diametralmente opuesta. Para Platón, la tragedia debe desaparecer del ámbito de la ciudad, no debe representarse, porque su representación despierta las pasiones irracionales del alma, pone en escena algo que puede permitir el contagio. Muestra la contingencia de las relaciones humanas, la fragilidad del alma humana, su imprevisibilidad, su costado oscuro. Por todo esto hay que excluirla de la República.

Con esto no estamos afirmando que se pueda “prevenir” el accidente traumático en la vida de un niño. Freud afirma que el que un acontecimiento sea traumático depende de cada sujeto. Cuando un sujeto no cuenta con herramientas de simbolización queda expuesto a las situaciones que padece sin poder explicárselas, esto lo vuelve más vulnerable, y le dificulta la tramitación psíquica de lo vivido. Bion señala que parte de la función materna es poder tolerar los montos de angustia y ansiedades arcaicas que el niño proyecta sobre ella, elaborarlas y devolver un mensaje simbolizado. Cuando un niño sufre un herida y sangra, al ver su propia sangre, suele aterrorizarse; si el adulto mantiene un grado de integridad que le permite articular al acontecimiento dentro de una trama significativa, le va a permitir encadenar lo sucedido dentro de una realidad desagradable pero soportable. Si por el contrario se aterroriza junto con el niño el golpe traumático es devastador, la percepción de la angustia del adulto es para el niño la más insoportable de las percepciones. Advierte que “lo irrepresentable” ha tenido lugar. Se abre una brecha, un abismo, un agujero que deja una huella indeleble. También con eso tendrá que aprender a hacer algo.

En un tiempo posterior significa facilitar el juego y la fantasía. Cuidar del otro es también jugar y fantasear, y dejar que el juego y la fantasía del niño los aleje de nosotros y los sumerja en la elaboración de sus propias preocupaciones. No se trata de negar absolutamente la existencia del horror del dolor, pero tampoco exponerlo sin más, se trata de sostener un juego complejo de velar y dejar ver, de sostener la ilusión y permitir la desilusión, de mantener las creencias y que emerjan las dudas, para que la tramitación psíquica pueda realizarse. Dar recursos que permitan ligar las cantidades de energía psíquica excedente.

---

Para Aristóteles, la representación de la tragedia tiene una función “catártica” para aquel que la contempla. Tiene una función de enseñanza. Cada héroe enseña algo particular, algo de la fragilidad humana y los modos en que esta fragilidad produce los sufrimientos del héroe. Despierta en el espectador la compasión, el temor, la piedad y le permite un saber respecto de esas pasiones.

## IDENTIFICAR Y DISCRIMINAR

Cuidar al otro es ser soporte y apoyo de las identificaciones del otro.

Rasgos nuestros serán tomados como ideal, en el sentido de la potencia, y otros rasgos serán tomados negativamente a través del síntoma, el conflicto y la pelea. Y en ese encuentro nosotros identificaremos al otro, nombrándolo y adjetivándolo. Quién es, qué es, qué representa. Tarea que también produce efectos ambivalentes, de habilitación y de rotulación, de apertura y destino. Esto depende del que nombra y de un trabajo psíquico que debe realizar el nombrado. Ambos procesos son inconscientes. Saber de ellos es un modo de entender las dificultades con las que nos encontramos.

La identificación es un mecanismo transindividual, está haciendo bisagra entre lo que llamamos individuo y lo social. Indica que el sujeto no está dado desde el inicio y que tampoco queda “cerrado” en una identificación. Estas son múltiples y cambiantes, y dependen en gran medida de los objetos amorosos.

Remiten tanto al Ideal (el aspecto potente del padre o de los educadores), como a lo que falla. La identificación de lo que falla con aquel con el que se mantiene una relación primordial suele ser la reveladora de lo que no funciona. La identificación con el síntoma es una revelación de la cara oscura y rechazada de la identificación. El proceso de identificación es al mismo tiempo un proceso de discriminación. Toda vez que “identificamos” lo hacemos en la sombra, en la oposición de lo que debe hacer de “fondo” respecto de lo identificado. Si decimos es “niña” estamos diciendo que no es niño, lo que en principio nos parece sin graves consecuencias, pero si decimos que es correcto, que es respetuoso, que es ordenado, estamos al mismo tiempo creando el grupo de los incorrectos, los irrespetuosos, los desordenados, que aun desde la sombra sin nombre permiten construir la silueta de “eso” que estamos identificando.

Toda identificación participa de una dialéctica de oposición, de negatividad que es importante tener en cuenta a la hora de nombrar y poder pensar el lugar de peso que los nombres tienen.

La cuestión de la identificación nos interesa por otros motivos: es un concepto nodal para pensar lo colectivo. Freud, en “Psicología de las masas”, piensa la construcción de las masas desde las

categorías que vino desarrollando: libido, yo, Ideal del yo y, en particular, "identificación". Sin entrar en las complejidades y oscuridades del concepto, que no son pocas, importa para nuestro tema **el lugar que el otro** tiene en estos desarrollos. El aparato psíquico incluye en sí mismo al otro. Por lo que hablar de "individuo" es una abstracción, dado que para que haya un individuo debe haber habido una "incorporación identificatoria del otro".

Esta incorporación "del otro" en el interior de nuestro aparato es la condición de posibilidad y también de límites de la relación con "lo otro" que existe fuera de nosotros.

El proceso de identificación se basa en la "segregación" de aquellos que no poseen el rasgo, la representación, sobre la cual se opera la identificación.

#### RECHAZAR, EXPULSAR

En este cuidado del otro hay algo que es rechazado tanto por el que cuida como por el que recibe los cuidados. La función del rechazo, de lo expulsado es una función positiva y necesaria, aunque dolorosa y poco tratada.

Cuando se produce una amenaza de confusión, de indiferenciación, la función del rechazo puede llegar al extremo de los actos violentos. El desconocimiento, el extrañamiento, tanto como la lejanía y proximidad extremas movilizan el "vacío interno" que toda identificación preserva.

Es en ese punto que la violencia surge. Todo proceso de identificación se hace sobre algo que está perdido. Todo lo perdido duele, inquieta e incomoda. Esto perdido produce otro movimiento de rechazo: rechazo de sufrir la pérdida, trasladándola al otro. El otro puede aparecer como aquel que no perdió nada y que es causa de nuestro daño. Ellos y nosotros, los "bárbaros y los griegos". "Ellos" que al principio pueden aparecer como la amenaza en tanto parecen no sufrir pérdida, deben finalmente ser expulsados de toda humanidad para poder restaurar la unidad perdida..., unidad perdida indefectiblemente por ser sujetos "identificados".

"Bárbaros" viene de baluceo, no hablan, no tienen un lenguaje articulado como el griego..., en suma, no son auténticamente humanos.

#### LA ALTERIDAD

El otro tiene un punto de alteridad absoluto. Esto lo hemos venido desarrollando en los puntos anteriores. Y es sobre esta alteridad absoluta que se articulan los problemas más graves que pueden surgir respecto de ese cuidado: la imprevisibilidad del otro.

Lo "alteros", en sentido absoluto, es un "alien"; traigo esta palabra ( que nos recuerda la saga de películas de terror) con la intención de producir las resonancias más aterradoras que surgen cuando estamos frente a lo que aparece como lo extranjero en tanto lo extraño, lo desconocido no capaz de ser "mi semejante", no podemos mirar en ese espejo. Es eso que no va a comportarse según las regulaciones que yo tengo para alojarlo.

La llegada del niño para la madre, del alumno para el docente, del enfermo para el médico, es siempre la llegada de algo que no estaba ni en lo planificado ni en lo imaginado previamente. Esa diferencia entre lo esperado y lo que se encuentra patentiza la existencia de "algo diferente" en el otro. Esto produce movimientos de angustia, de molestia o pánico en quien lo aloja.

La posibilidad de hacer algo no destructivo con esa diferencia es esencial para el sostenimiento adecuado del vínculo.

#### EL CUIDADO DE SÍ Y EL SACRIFICIO

El cuidado de sí puede aparecer como ajeno al cuidado del otro. Estamos tomados por una cosmovisión deudora del cristianismo donde el cuidado del otro llega al sacrificio de sí. La moral del sacrificio debe ser repensada, sobre todo las consecuencias que tiene respecto de la deuda que recae sobre aquel que recibe el sacrificio. Si alguien para darnos la vida pierde la suya, nos da una vida que no mereció, no quiso, no pudo ser vivida por el que la dona. Esta negatividad seguirá operando en el que la reciba. A veces de un modo dramático. Pienso en algunos casos de suicidios adolescentes de padres que dicen literalmente "no sé por qué hace esto, porque él es mi vida".

El cuidado de sí implica que no perdamos de vista desde qué lugar propio se realiza el cuidado del otro.

¿El lugar de un excedente de tiempo, de bienes, de potencia, de saber, que iría a ayudar al carente? ¿El lugar de un deber a cumplir? Deber de madre, de maestro, de carcelero. El deber me coloca en un lugar

de instrumento de un mandato superior, generalmente lugar burocrático que reniega de la responsabilidad subjetiva del acto y que favorece montajes perversos.

Cumplir el deber es no querer saber nada, ni ser responsables de nuestros actos, es desimplicarse que “hemos elegido” cumplir el deber. Esta desimplicación pretende olvidar nuestro deseo, lo que promueve una idea de “sacrificio” respecto del cuidar.

En estos casos está ausente el placer del encuentro con el otro, no se está con el otro sino con el mandato que nos lleva hacia el otro. El juego y la risa, la fantasía y el placer que dicen de la no ausencia del sujeto que cuida, sino de su implicación, de su placer de ser “mayor”, de su “potencia” y que dice también del poder recuperar con alegría la infancia propia, en el encuentro con la infancia del otro.

Jugar con aquel que está a nuestro cuidado (podemos trasladarlo a compadecer al sufriente o aprender con el alumno) es poder ficcionalmente romper la barrera que separa el mundo adulto del mundo infantil. Para los adultos no es sencillo volver a divertirse como un niño. Jugar es estar en un tiempo y un espacio muy particulares, es estar dentro y fuera de la realidad. Es construir un espacio mágico donde el yo y el no yo pierden sus fronteras.<sup>8</sup>

La vía regia de la simbolización en el niño se realiza a través del juego y la fantasía, no les interesa la “explicación científica” del mundo. Jugar es el modo de crear mundos, donde el creador es parte fundamental, y lo creado es el modo de explicarse, plantear, preguntar acerca de ese mundo. Es el modo de separarse de lo dado (y de los “dadores de mundo”: padres, maestros, celadores) y decir qué hace el niño con eso. Es el momento de la recreación de los sustos y de los placeres, por lo mismo es el momento de la elaboración.

#### EL ESTADO Y LA SITUACIÓN ACTUAL

Decimos que la función del Otro es la de alojar, pero este alojamiento lo da no sólo una madre, sino también una escuela, un

---

<sup>8</sup> Winnicott, Donald: *Realidad y juego* este espacio intermedio es el espacio donde se dan los fenómenos transicionales: “Introduzco los términos objetos transicionales y fenómenos transicionales para designar la zona intermedia de experiencia, entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto, entre la actividad creadora primaria y la proyección de los que se ha introyectado...”.

hospital, un médico, un juez. El orden legal que sostiene estos alojamientos está contenido en las leyes fundamentales de la comunidad. Nuestro modo de hacer comunidad desde hace varios siglos tomó la forma de los Estados Nacionales. En nuestro tiempo el Estado está en retirada, y el cuidado de aquellos que son los “súbditos de nuestro Estado” se ha ido modificando.

Las instituciones tienen su marco de contención en el Estado. La caída del poder del Estado se refleja también en la pujanza ideológica perdida. La potencia de esta institución está dada por el sentido que sostiene para todos los que viven bajo su égida. En su interior lo humano puede crecer en tanto tal, ya que desde su origen el hombre requiere de la comunidad. Esta comunidad da sentido orientando las vidas y las instituciones, legislando los aspectos fundamentales en forma subordinada a ese orden de todos.

Podríamos desarrollar muchos indicadores de la retirada, del adelgazamiento de la mega institución Estado. Pensemos a nivel de la distancia ideológica: hablar de “nación”, de “patria”, de “proyecto nacional”, no tiene hoy la fuerza que tenía a mediados del siglo pasado y menos la de aquellos pensadores iniciales de nuestra historia.

También económicamente el Estado aparece sometido a presiones que lo llevan a dejar en un lugar de menor importancia “el cuidado” de aquellos que aparecen en el lugar de la necesidad y la carencia, para tener que atender a compromisos como “deuda externa” o dejar entrar sin mucho cuidado “protección” a industrias y capitales que destruyen las propias, incipientes construcciones industriales y científicas que permiten el crecimiento. El drenaje de “cerebros” y la invasión de hipermercados y fábricas tienen que ver con la vulnerabilidad en que queda el desarrollo de las propias fuerzas.

No es un proceso que está ocurriendo en nuestro país, producto de buenos o malos gobiernos, en parte es el movimiento de globalización, y la “confianza ciega” que algunos han tenido respecto de “los beneficios” que la unificación planetaria tendría para todos.

#### **Sobre Todo comienza hoy**

Algunos comentarios del manejo de cámaras: encontramos una cámara que

está siempre recargada de imágenes, ninguna recortada con búsqueda de “efectos estéticos” de belleza. Los planos sufren de una sobrecarga de elementos visuales y sonoros, un movimiento incesante. Como cierta dificultad de recortar, detener, serenar.

La únicas imágenes que tienen otras características son las del viaje de ida o vuelta, un coche, una carretera, desierta, gris, gélida... soledad y abigarramiento. Dentro del auto, blindaje autístico y un afuera desértico, casi sin vegetación, y siempre invernal.

Presentación de estados subjetivos, de urgencia, de carrera, de dificultad de jerarquizar, ¿ordenar una realidad que linda con lo caótico?

Situación institucional. Problema político. Problema educativo. Problema subjetivo. ¿Qué hacer con esto? ¿Qué lo produce? Retirada del Estado. Todavía funcionan los servicios sociales. La atención sanitaria., pero todo desbordado. Sobre todo desbordados los agentes.

La película no tiene respuestas, no es maniquea, casi no hay buenos y malos. Excepto alguna referencia a la “política” de ajuste, pero también quitando la máscara que permitiría pensar que sólo quién no se preocupa está produciendo estos efectos: encontrar un alcalde comunista, tan desbordado como el maestro, permite recortar el problema de la respuesta que cada cual debe dar en el lugar que está, sin esperar ni pretextar la ausencia o la espera en “alguna superioridad que salve”. Importancia de la “ilusión” en tanto portadora de proyecto y sentido. La desilusión como disolvente.

Frente a lo que se abisma: desesperación. Urgencia: etimológicamente desaparece el tiempo: no hay sujeto, no hay tiempo, hay grito, sonoro o mudo. Problema del tiempo hoy. Continuidad sin cortes. Abigarramiento. No hay futuro. La muerte, el duelo comunitario. La culpa frente a lo que no funciona, posibilidades de superar la culpa, evitar la *impotenciación* que conduce a poder hacer la fiesta.

Lo traumático de la desocupación es el horizonte de toda la desolación desesperada de la película. Incluido el maestro. Es el síntoma, lo traumático que genera el capitalismo en esta etapa.